

El hombre en una habitación cerrada es un esclavo de su intelecto y, privado de los sentidos, sucumbe a la paranoia. La nada llama al todo; la indeterminación a lo infinito. La habitación se convierte en una selva plagada de bestias acechantes con el mutar brioso de su interruptor. Y el hombre se aterra y se encierra en sí: se entierra. Nemo no. Inflamado en ansias por un recuerdo, abandona la comodidad de su ataúd y sale a cazar. Nemo se adentra en las sombras como en un inmenso depósito de electricidad y, de pura impaciencia, deja de correr. Lanza una mirada al horizonte y, en sentir en su pecho el impacto del proyectil de vuelta, conoce el éxito de la jugada: le trae noticias de su amada. Retoma el paso y al punto se topa con una puerta. La luz, intensa, se derrama a lo largo de su marco y a las narices del héroe llega un aroma de gloria. Es ya indudable para Nemo que por fin ha hallado su residencia. Tiende la mano, agarra el pomo y lo atrae hacia sí. Y aunque su alma, malsufrida, rebasó hace ya rato el umbral de la salvación, el cuerpo permanece. Antes de cruzar, se gira para disparar una última mirada a la oscuridad.

Nosotros somos los seguidores de Nemo. Somos ignorantes por defecto deseosos de actualizar una potencia. Somos seres incompletos en busca de la perfección; estómagos vacíos buscando miel y ambrosía. Andamos de la mano del arte hacia la luz desconocida y rezamos desconsoladamente para que nuestras rebeldías contra el maestro no nos impidan llegar a ella algún día. Ella es el Oriente; es el Sol que hace palidecer las esmeraldas noctámbulas. La luz es el único y verdadero ídolo de nuestra existencia y ambicionamos alcanzarlo mediante la regla de Nemo. Ecce: reflexionar sobre el pasado para entender lo que contemplamos en el presente y abandonarse en los brazos de la luz de cara al futuro.

Nosotros somos los seguidores de Nemo. ¿Quién eres tú?